

BOLETIN SALESIANO

Instruyó al pueblo y divulgó todo lo que había hecho. Buscó las doctrinas útiles y escribió documentos rectísimos y llenos de verdades. Las palabras de los sabios son como puas ó clavos, que penetran profundamente, y nos fueron dadas mediante nuestros maestros por el único pastor.

ECLESIASTÉS XII, 9, 10 y 11)

El peligro, Sto. Padre, está en la continua difusión de libros infames; y para poner un dique á este mal inmenso, yo no veo otro remedio, que la fundación de una imprenta Católica, puesta bajo el patrocinio de la Santa Sede. De esta manera, no haciéndose esperar nuestras respuestas, podremos con mayor ventaja descender al campo de la lid y responder con feliz éxito á las provocaciones de los apóstoles del error.

(SALES)

No se engañaría mucho quien intentase atribuir principalmente á la prensa malvada todos los males y la deplorable condición de las cosas, á la cual hemos llegado actualmente..., los escritores católicos deben con todas sus fuerzas volverla en bien de la sociedad.

(LEON XIII)

La prensa periódica sometida á la autoridad jerárquica, revestida del espíritu de Jesucristo, viene á ser un poder inmenso: ilumina, sostiene la verdad, hace desaparecer el error, salva y civiliza; es casi una forma de apostolado sublime.

(ALIMONDA)

TURIN — LIBRERIA SALESIANA — TURIN

IMPORTANTE PUBLICACIÓN

Apenas publicado en nuestra Tipografía de Turín el texto original latino del libro de oro, la *Imitación de Cristo* muchas personas han manifestado vivo deseo de que se dé á la estampa una versión griega. Y en verdad que harto lo merece, porque, salvo la Santa Escritura, no hay libro alguno más sublime en su dulce simplicidad y quizá tampoco más saludable en sus efectos. A fin, pues, de secundar las instancias que nos han sido hechas y de favorecer el incremento y difusión de los buenos estudios, que particularmente en estos tiempos son tan necesarios para la educación cristiana de la juventud, hemos resuelto imprimir la *Imitación de Cristo* en griego, sirviéndonos de la edición del Can. Weigl dada á luz en Sulzbach en Baviera el año de 1837. Tal edición fué hecha con escrupulosa diligencia, teniendo á la vista la edición príncipe debida al primero que en griego la tradujo, el doctísimo P. Jorge Mayr de la Compañía de Jesús, nacido en Rain en Baviera en 1569 y muerto en Roma en 1627. Por desgracia de esta clásica traducción, que tiene el inestimable mérito de conservar toda la simplicidad, gracia y unción del original latino, no quedan sino rarísimos ejemplares en las bibliotecas. De aquí es que resucitándola, por decirlo así, nos parece hacer además un buen servicio á la enseñanza clásica. Particular cuidado pondremos en que el trabajo artístico corresponda á la importancia de la obra. Abierta desde luego una subscripción en las condiciones que abajo se indican, rogamos á los Srs. Rectores de Seminarios, Colegios, Bibliotecas y en general á los amantes de las letras tengan á bien expresarnos su adhesión para comenzar cuanto antes la publicación.

CONDICIONES DE LA SUBSCRIPCIÓN

La obrita será un hermoso volumen de más de 500 páginas y esperamos quede terminada en el mes de mayo venidero.

Las personas que durante el mes de febrero manden el precio del volumen, esto es, **Pesetas 1,75 franco de porte** recibirán inmediatamente en obsequio, que indicará haberse recibido el dinero, la importante obra por el P. F. Martinengo *La Gran Bestia señalada a la juventud*.

Al que mandare el valor equivalente á diez ejemplares le enviaremos **uno gratis**.

TURIN — Libreria Salesiana — TURIN

VERITAS CATHOLICAE FIDEI
IN SELECTAS THESES
EXPOSITA ET COMPROBATA
CONTRA ERRORES IN SYLLABO PROSCRIPTOS
EX PLURIMIS PII IX DOCUMENTIS
AUCTORE
Parocho ANTONINO ORLANDO
A SALEM
SACRAE THEOLOGIAE DOCTORE IAM TOTIUS ACADEMIAE PRINCIPE
IN MAZARIENSI CLERICORUM SEMINARIO

Un vol. en-8° de pág. 286, franco de porte Peset. 4 00

IOANNIS GERSEN
ORDINIS SANCTI BENEDICTI
ABBATIS MONASTERII S. STEPHANI VERCELLENSIS
DE
IMITATIONE CHRISTI
LIBRI QUATUOR

Un vol. en-32° de pág. 373 franco de porte Peset. 0 70

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8)

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIM. IV, 13)

Entre las cosas divinas la más divina es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO)

Un amor tierno hacia el prójimo es uno de los más grandes y excelentes dones que la divina bondad puede hacer á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de SALES)



Cualquiera que reciba á un niño en mi nombre, recibe á mí mismo.
(MAT. XVIII)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande empeño la educación cristiana; proporcionad libros que enseñen á huir el vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad todas vuestras fuerzas para retraer á la niñez y juventud de las insidias de la corrupción y de la incredulidad y preparar de esta manera una nueva generación.

(LEON XIII)

➔ DIRECCION en el Oratorio Salesiano. — Calle de Cottolengo N° 32, Turin (Italia) ➔

Sumario: El 31 de Enero de 1889 — El adios de los Misioneros al partir para la Patagonia — Gracia obtenida por mediación de D. Bosco — Carta de Quito — Los funerales.



EL 31 DE ENERO DE 1889.

Qué fecha para los Salesianos! Día de conmovedor recuerdo para nuestros Cooperadores. Un año hace que Don Bosco partió á la eternidad dejándonos un rico tesoro de enseñanzas. No es posible pensar en Él sin que nos sintamos atraídos por la humildad, fortaleza, amor, magnanimidad y demás virtudes que en grado heroico practicó. Cuando nos postramos ante su tumba para elevar una oración al Cielo no son lágrimas de dolor sino de inefable ternura las que brotan de nuestros ojos.

Fué nuestro mejor amigo é incomparable padre. El Señor que se había dignado dárnoslo nos lo quitó. Diríase que ahora le tenemos tan lejos como es grande la distancia que media entre el tiempo y la eternidad. Y con todo, el dolor no se adueña de nuestro ánimo; un misterioso

sentimiento nos le representa como vivo y hablando en medio de nosotros.

La fe es el alimento del justo, ha dicho el Señor, y la fe fué la vida de Don Bosco, porque sin ella imposible le habría sido realizar la grande obra á que Dios le destinaba ni obtener de Él los medios necesarios. Pero la fe que había de constituir en él un mérito personal debía servir aún de ejemplo á los demás. San Pablo, en su carta á los Hebreos, nos dice como los antiguos fueron aplaudidos por la fe, como por ella fué encomiado el justo Abel, mereciendo que el Señor aceptara benévolo las ofrendas que le hacía: *Defunctus adhuc loquitur*. Nos habla todavía después de muerto: habla, exclama San Juan, con su precioso ejemplo entre los hombres; con su vida no se borró su memoria que vive aún con nosotros.

¿No podrá decirse otro tanto de Don Bosco? *Defunctus adhuc loquitur*? ¿No podrá decirse que su palabra ardiente, vivificante y casi irresistible guía aún sus obras al fin por él propuesto?

Más de una vez habíase dicho que muerto Don Bosco acompañaría su obra á la tumba. Acusábasele de temerario en acometer empresas superiores á las fuerzas de un hombre. ¿Y qué ha ocurrido? Maravillados estamos nosotros mis-

mos en vista de un presente que nos da fundadas esperanzas de duradero porvenir.

Defunctus adhuc loquitur: Habla en las iglesias que erigió, como quiera que siguen celebrándose las mismas espléndidas funciones establecidas por él y acudiendo las muchedumbres á implorar la protección de la Madre celestial María Auxiliadora y continúan dispensándose inefables gracias mediante las oraciones indicadas por Don Bosco.

Defunctus adhuc loquitur: Habla en medio del sin número de niños que se educan en sus oratorios y colegios, pues que siguen repitiéndoseles las enseñanzas y máximas que incesantemente predicaba y frecuentándose las prácticas de piedad con que trataba de infundirles su mismo espíritu.

Defunctus adhuc loquitur: Habla á nuestros nuevos compañeros que de día en día vienen á consagrarse á la educación de la juventud, prontos á difundir de palabra y por escrito y con ardiente celo las múltiples instituciones fundadas por Don Bosco.

Defunctus adhuc loquitur: Habla por medio de las frecuentes y crecidas expediciones de generosos misioneros, que esforzados y llenos de abnegación y caridad, abrazando la cruz, vuelan gozosos á cumplir la recomendación hecha ya moribundo á Monseñor Cagliero: *Salvad, salvad muchas almas en las misiones.*

Defunctus adhuc loquitur: Sí. Vosotros dignísimos Cooperadores y Cooperadoras, vosotros tan fieles amigos de Don Bosco y padres adoptivos de sus hijos, vosotros que sostenéis su empresa de salvación; no sois acaso una maravillosa prueba de que escucháis constantemente la voz de vuestro amigo, que grabadas tenéis en vuestra mente sus promesas y dais expansión á los generosos impulsos que os aviva su muy cara memoria?

¡A! No cabe duda: *Defunctus adhuc loquitur*. Él nos habla de mil modos y el 31 de enero la angustia del dolor cede á la intensidad del afecto hacia quien, con la caridad de Nuestro Señor Jesucristo, nos ha dispensado tan entrañable amor.

Al rededor de vuestra tumba, oh padre amantísimo, recordaremos nosotros tus palabras: *Os recomiendo que no lloréis mi muerte: ella es una deuda que todos debemos pagar; mas después larga será la recompensa de toda fatiga por amor de nues-*

tro buen Jesús. En vez de llorar haced firmes y eficaces resoluciones. Sí, las haremos recordando en particular lo que ya al darnos vuestra última bendición nos repetisteis: *trabajo, trabajo, trabajo*, y nuestras reconocidas oraciones serán la corona que depongamos en vuestra bendita tumba.



EL ADIOS DE LOS MISIONEROS

al partir para la Patagonia.

El 7 enero era el día fijado por Monseñor Cagliero para salir de Turín y dirigirse á Génova, donde debían embarcarse sus auxiliares misioneros y emprender viaje á América.

Don Rua á los Misioneros.

En la mañana Don Miguel Rua celebró la santa Misa en el Oratorio privado de Don Bosco y dió la comunión á los Misioneros. En seguida les dijo:

« Antes de vuestro viaje á los confines de América, os he reunido aquí para avivar en vuestros corazones bien caros recuerdos. Esta fué por muchos años la morada de D. Bosco; aquí en este altar, durante el santo Sacrificio, rogaba á Jesús por los hijos que tanto amaba; aquí meditó, ordenó y llevó á término mil santas empresas; aquí fué donde por vez primera le ocurrió el grandioso pensamiento de las misiones, seguro de que María Auxiliadora le mandaría evangélicos obreros. Por esto he querido daros aquí un saludo y una bendición en nombre suyo.

« Acordaos siempre que sois hijos de Don Bosco. ¿Qué significa ser hijo de D. Bosco? Que es necesario seguir su ejemplo, practicar sus virtudes, y continuar la obra acometida por él llenos de espíritu de caridad, de sacrificio, de incansable trabajo. ¡Ah! cuán grandes y sublimes fueron las virtudes de Don Bosco! No es menester que yo las describa. Vosotros mismos habéis sido testigos oculares; pero la que era como más característica en él fue el celo por la salvación de las almas. *Da mihi animas, cetera tolle*, era la divisa que en su pobre celda tenía escrita desde sus primeros años de sacerdote. Éste fué su constante anhelo y el trabajo de todos los instantes de su vida; y éste es el fin que todos vosotros sacerdotes, clérigos y coadjutores debéis proponeros al partir á América. No la esperanza de lucro, no el deseo de pasatiempos, honores ni la curiosidad de conocer nuevos países sino el deseo de salvar muchas almas debe ser el estímulo y aguijón del misionero.

« Animado vuestro espíritu de semejante intención fructuosas y dulces serán vuestras

predicaciones y enseñanzas, vuestros viajes y sacrificios, porque os acompañarán los consuelos de Dios y la esperanza cierta de infalible é imperecedero galardón. Qué vuestro corazón sólo palpita por Nuestro Señor Jesucristo! Este es el propósito que todos pueden y deben hacer. Mientras nos empeñamos en salvar las almas de nuestros semejantes tengamos cuidado de no perder la propia. »

Dicho esto y recordados varios consejos de nuestro santo fundador bendíjolos á todos y dióles un recuerdo y un retrato de Don Bosco, añadiendo: « Qué Don Bosco viva en vuestras obras, en vuestra mente y corazón. »

Condújolos en seguida á la alcoba de Don Bosco allí contigua y arrodillados al rededor del lecho en que entregó su alma á Dios — « ¡Oh! caro y venerado padre, exclamó Don Rua, oh Don Bosco que — firmemente esperamos — gozáis ya el premio de vuestras fatigas, dignaos mirar piadosamente á vuestros hijos postrados junto á vuestro lecho de muerte y obtenednos del Señor que todos cumplamos dignamente la obra que nos está encomendada. Y vos, Virgen Santísima y bondadosa Madre nuestra, concedednos, por intercesión de nuestro fiel siervo que nuestra conducta sea digna de tal padre y madre y podamos ser eternamente hijos vuestros en el Paraíso. »

El sábado precedente las veinte esforzadas hijas de María que debían formar parte en expedición de Monseñor vinieron también á oír la santa Misa, comulgar y oír la palabra de Don Rua en la misma capilla.

Conferencia de Mons. Cagliero en la iglesia de María Auxiliadora.

A las tres de la tarde la iglesia de María Auxiliadora en Valdocco presentaba el magnífico aspecto que la distinguen en las grandes solemnidades religiosas. Jamás conferencia alguna salesiana había atraído tanta gente. Caballeros y señoras, nobles y plebeyos, sacerdotes seculares y regulares, clérigos y alumnos confundíanse allí como miembros de la familia singularmente protegida bajo el manto de María Auxiliadora. Tan numerosa fué la concurrencia que llenó desde temprano las naves del templo, que contra toda costumbre hubieron de quedar fuera los niños del Oratorio.

El Em^{mo} Cardenal Arzobispo Alimonda, Monseñor Bertagna, Obispo Auxiliar y Monseñor Leto honraban la función con su presencia.

Concluidas las vísperas Monseñor Cagliero pronunció el siguiente discurso:

Charitas Christi urget nos (Corinth. v, 14).

El amor, queridos Salesianos, el amor de Jesucristo á las almas me mueve á hablaros en esta tarde. Donde quiera que hay almas

que salvar menester es que el ministro del Señor obedezca á la voz que á tal fin le llama.

Pocos días hace hallábame en París, en la gran capital de Francia, en la metrópoli del mundo en busca de recursos para nuestra expedición. En una gran iglesia celebrábase una solemne función. Reuníanse nobles señores, generosos franceses, un pueblo inmenso. ¿De qué se trataba? Algunos santos sacerdotes disponíanse á dar un adiós á la patria y familia para dirigirse á Oriente, á donde especialmente se encaminan los misioneros de aquella y otras naciones. Y bien los diarios y revistas hablaban ufanos de esta fiesta de París cristiana y concluían exclamando: ¡Viva, viva la Francia siempre infatigable en el bien de la Iglesia!

¡Imaginaos! Yo italiano girando por calles y plazas de París, que amo de corazón mi patria, al leer, al oír: ¡Viva la Francia! decía entre mí: También en Italia, también en Turín hay nobles y generosos hijos que ofrecen en holocausto su vida por la fe de Cristo. Y en lo íntimo del alma con santo entusiasmo decía: Sí, ¡Viva la Francia! y viva la Italia y viva Turín, que émula de los franceses manda sus misioneros al Occidente.

Charitas Christi urget nos. Esta voz del Señor óyese resonar por todas partes con una fuerza tan dulce como poderosa é irresistible y atrae á sí con encanto infalible.

He aquí que italianos, turineses, salesianos muévense á predicar la buena nueva; la fe que los alienta á partir, la caridad que arde en su corazón les hace suave todo sacrificio. Nosotros nada somos; Jesucristo es todo: Él es quien obra y quien mueve. El hombre plantará y regará; pero Dios da el incremento.

Justo es que nos unamos al entusiasmo de París y que nos regocijemos al ver hoy que también Turín envía crecido número de hijos á anunciar el Evangelio en los pueblos que todavía salvajes no conocen el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Justo es nos llenemos de santa alegría — nosotros que partimos y vosotros que generosamente cooperáis á nuestra partida — con pensar en la salvación de muchas almas y la propagación creciente de nuestra fe. Justo, muy justo es, mis queridos Cooperadores, que nos gloriemos de esta obra y entonemos un cántico de alabanza y gratitud á la Divina Providencia que se digna valerse de nosotros para dilatar su reino. Sí, podemos celebrar con santo júbilo que el Señor haya fijado en nosotros su benigna mirada, como quiera que Turín no es inferior á París en enviar misioneros á tierras extranjeras.

Un pensamiento de singular ternura y de gran consuelo me asalta en este momento. Es la segunda vez que después de mi regreso de América os hablo en esta iglesia.

Pero ¡ay! vuelvo mis ojos al altar y ya no veo allí á aquel que compartía con nosotros el contento y la dulzura, el entusiasmo, la gloria, los cánticos de estas fiestas, á aquel que asombraba á Turín con mil obras de caridad, el fundador de nuestras Misiones, el impulsor de los Salesianos á la Patagonia, nuestro carísimo padre D. Bosco.

¡Ah! no le tenemos ya en medio de nosotros. Casi un año hace que voló al Paraíso. Ahora reposa en paz, en el eterno gozo. Él no está en medio de nosotros; pero está con nosotros, porque nos ha dejado su espíritu el cual nos asegura que su obra es obra de Dios. « Atravesarás el mar y traspasarás las cordilleras; pero no temas. Nuestros hijos te servirán de auxiliares y nuestros Cooperadores te prestarán su ayuda. Intérnate en la Patagonia, avanza hasta la Tierra del Fuego. No temas; á nosotros no nos corresponde cosa alguna. Dios es, hijo mío, quien lo hace todo. Verás progresar nuestra obra de día en día; no lo dudes. » Estas eran las palabras que por segunda vez oía de labios de Don Bosco en el lecho de muerte. Bien podéis imaginaros cuan grande sería al oírlas mi consuelo. Y ya lo veis como hoy mismo se están cumpliendo sus palabras.

— Yo he temido por la Congregación Salesiana, decíame el Santo Padre en la audiencia obtenida en la primavera del año pasado; he temido á causa de la muerte de D. Bosco. Ahora persuadido estoy de que su obra es obra de Dios y una vez más me confirmo en ello.

Habríase creído que muerto Don Bosco su obra hubiera podido debilitarse; y no obstante en breve parten diez y después quince valientes misioneros para América. Ahora una tercera expedición apercibida está para embarcarse.

¿Cómo no bendecir á la Divina Providencia? Acaban de llegar á la Tierra del Fuego con Monseñor Fagnano los 15 misioneros que me han precedido. Cantando estarán todavía las alabanzas de acción de gracias después de largo viaje de cuarenta días y ahora yo voi en seguida.

Mi corazón ha debido sufrir verdadera lucha antes que me decidiera á partir; porque si en verdad amo la patria, deseo la salvación de los salvajes. Amo la América; pero á la vez amo la Italia. He necesitado hacerme violencia; mas al fin la caridad de Cristo ha salido triunfante. Así pues, ahora parto y conmigo un número considerable de valientes que anhelan consagrar la vida en bien de las misiones. Habíanseme ya concedido diez para venir en mi compañía; yo dije: no bastan. Me dieron veinte; no bastan; treinta, cuarenta; no bastan. Cuando pude conseguir cincuenta; basta, dije, ahora es tiempo. Por esto he venido hoy á daros el adiós de la partida.

Pero ¡ah! cuando las cosas veo escritas en

vuestra frente, cuántas emociones revela vuestro corazón! Vosotros deseáis oírme antes del viaje; deseáis que os hable de las Misiones. Y bien, os hablaré de las Misiones y de cuanto vamos á hacer en América del Sud.

Estoy en medio de verdaderos y queridos hermanos, en medio de probados y buenos amigos; hablaré pues ingenuamente y con el corazón.

Mas ante todo quiero responder una objeción que creo adivinar en más de uno en este momento. Muchos de vosotros me dirán. Nosotros celebraríamos más que Monseñor se quedase en Italia con los turineses.

Ahora que va perdiéndose la fe harta necesidad tenemos también de misioneros.

— Excusad; vosotros tendríais en tal caso una religión á manera de las torres. ¿Sentís que yo y mis compañeros partamos? Entonces no sois, no podéis llamaros católicos. Podríais apellidaros católicos turineses.

¿Qué digo? Sería absurdo. Podríais decirnos cristianos turineses; pero de ningún modo católicos. Jesucristo vino á la tierra para la salvación del mundo y quiso ser el Pastor del mundo entero.... *Et fiet unum ovile et unus pastor...* Si todos nosotros nos quedásemos en Turín, en el Piamonte, si procurásemos la salvación de sólo una parte del mundo cómo entenderíamos la caridad de Jesucristo que nació y murió por todos?

— Pero que vayan otros de Francia, de Bélgica y de otras naciones.

— ¡Cómo! ¿Y vosotros turineses os resignaríais á perder tan gran gloria como es la de llevar la civilización á los pueblos salvajes y concurrir al triunfo de Cristo en la tierra?

Ante el espíritu católico enmudezca, pues, el espíritu de interés privado, bien que parezca cristiano.

¿Pero qué? He dicho mal en expresar que no estáis contentos de que partamos. Porque, oh buenos turineses, ¿qué fin os ha traído aquí? Habéis venido para elevar una plegaria á María Auxiliadora por el feliz viaje de los misioneros; habéis venido á darnos un último adiós y decirnos: « Id á predicar el Evangelio y bautizar á todas las gentes. *Euntes docete omnes gentes baptizantes eos...* »

¿No es verdad que este es el motivo que os ha traído?

Estáis pues contentos de nuestra partida. Hemos invocado vuestra caridad, vuestro celo y todos habéis respondido según vuestras fuerzas. Bien comprendéis, beneméritos Cooperadores la enorme suma que se requiera, los ingentes gastos que reclama la provisión de lo que necesita para moverse el misionero y más aun el suministrar alimento y vestido á los pobres Patagones. Mas no sólo nosotros sino también la Italia entera, todos nuestros Cooperadores de Francia, Bélgica y demás

naciones nos han prestado poderosa ayuda y alentado á partir. Ya prontos estamos. Pero por amor de Jesucristo, por amor á Don Bosco acordaos de continuar dispensándonos vuestra protección, de modo que aunque larga distancia nos separe siempre nos una la santa caridad. Seguro estoy de que no nos olvidaréis, porque los Cooperadores y Cooperadoras han sido nuestro constante sostén y socorro, como decía Don Bosco.

Las Misiones son la empresa mayor y más gloriosa que pueden acometer los hombres; son la continuación de la obra civilizadora de los Apóstoles y tienden al cumplimiento de la misión de Jesucristo en la tierra. Continuas han sido en la Iglesia Católica. Leed los anales de su historia y encontraréis que en todos los siglos, casi de año en año, centenares de misioneros, saliendo del centro del catolicismo, han llevado la luz del Evangelio á lejanos países y salvado innumerables almas. La Iglesia de Cristo, maravillosamente fecunda, quiere la salud de los pueblos y que sea el nombre de Dios conocido, honrado y servido en todas partes. El Divino Redentor no ha muerto tan sólo por los italianos y europeos, ha muerto también por los pueblos del Asia, de la Oceanía, del Africa y de la América; y conforme á los inexcusables designios de Dios la evangelización del mundo ha sido no simultánea sino sucesiva.

¿Y los Patagones? Muchos siglos pasaron antes que el misionero pudiera pisar su suelo. Grande era la miseria de aquellas tribus, tristísima su suerte; pero llegó al fin la hora en que dijo Dios: También en la Patagonia *fiat lux*. Y la luz fué hecha; y ved como los Salesianos penetran en aquellas remotas comarcas, llegan al Río Colorado, al Río Negro, al Río Chubut, pasan la Cordillera y, recibidos con manifiesto contento por los salvajes, establecen entre ellos su morada, los instruyen, bautizan y acrecientan la gran familia católica.

Una tarde, en el silencio solemne de aquellos inmensos desiertos, sentado sobre la silla del caballo y rodeado de centenares de salvajes que me escuchaban respondiales á una pregunta mil veces repetida.

— ¿Conque más allá de estas regiones, más allá de estos mares hay otras tierras donde piensan en nosotros?

— Sí, y mi presencia aquí os prueba la verdad.

— ¡Ah! Decidnos muchas cosas. Nos han contado que aquel es un país grande, muy grande que se llama Europa.

— Es verdad: la Europa es muy grande. Mirad el desierto: es interminable; su cielo es inmenso; y bien la Europa con su cielo es más vasta que este desierto. Hay en ella más de trescientos millones de hombres, que habitan en altas y grandes casas y forman

millares de ciudades y gozan de una civilización que Dios hecho hombre trajo del cielo á la tierra, y esta civilización es la que os traemos á vosotros y á vuestras tribus. Hay allá una ciudad famosa que se llama Roma y en ella un hombre extraordinario que piensa en vosotros. Él es quien nos ha mandado acá; se llama Papa, esto es padre, porque tiene paternal corazón y es el padre de todos. ¡Oh, Cacique! si supieras cuanto él se interesa por tí y por tus súbditos. Él nos ha enviado para que os hagamos el bien y os salvemos. Alrededor suyo hay una familia que os ama y nos da los medios para venir á servirlos. Esta familia se llama Iglesia Católica: su Jefe, su Padre es el mismo Papa. Mas sobre este Jefe y sobre esta familia hay otro Padre que está en los Cielos, al cual ya hoy en la mañana habéis invocado conmigo diciendo: — Padre nuestro, que estás en los cielos.

Este Padre, este gran espíritu, Jefe de todos los hombres ha constituido al Papa como su representante en la tierra, ha venido á este mundo para instruirnos, redimirnos, salvarnos y constituir la gran familia cristiana. Miles de miles de nuestros antepasados le han visto y han hablado familiarmente con él y han presenciado estupendos milagros que obraba á cada instante.

Y en seguida yo les narraba brevemente, el nacimiento, la vida y muerte y la doctrina de Jesús.

Amados Cooperadores y Cooperadoras, ¡ah! si supieseis cuanta impresión produce en el corazón de aquellos pobres salvajes la simple exposición de la verdad, la sencilla enseñanza de nuestra Religión! No necesitan pruebas para creer, ni siquiera las piden; porque tal es el carácter divino de estas verdades que bien comprenden no son invenciones humanas. ¡Oh! ya podéis imaginaros cuanto se consuela el pobre misionero al predicar el Evangelio á criaturas que si bien muy miserables no se resisten á la gracia ni jamás se cansan de escuchar la santa doctrina, profundamente conmovidos y maravillados al oír cuan grande es el amor de Dios á los hombres.

— Nosotros los católicos, añadía, formamos una sola familia con un solo corazón, un solo pensamiento, una sola fe, un solo bautismo; todos somos hermanos, hijos de un mismo padre. Te aseguro, Cacique, que si fueses á Europa, á Turín verías suntuosas iglesias y santuarios harto más hermosos que la humilde capilla levantada aquí por nosotros; verías sin número de gente que devotamente va á rogar á Dios, su Creador y Redentor... á implorar la protección de la Virgen... María Santísima. Si fueses á Europa todos te mirarían atentos no sólo porque tu color es diferente al suyo y porque vistes piel de guanaco sino porque te aman, porque saben que tienes un alma como ellos, un alma in-

mortal por la cual nuestro Redentor ha venido á la tierra y muerto en una cruz.

— ¡Oh, qué hermosa cosa, una sola familia, exclaman atonitos los salvajes.

— Una sola familia, compuesta de más de docientos millones de católicos.

— ¡Doscientos millones! No cabrían en este desierto.

— ¡Oh, esta no es toda la tierra! Tu conoces sólo el desierto; nosotros conocemos todo el mundo: la Europa y otras grandes regiones. Pero por ahora te baste saber que muchos te quieren bien, piensan en tí, en tus hijos y en tus súbditos...

Sí, caros Cooperadores, mil veces he repetido á aquellos salvajes que vosotros pensáis en ellos, que rogáis por ellos, que vosotros les enviáis aquello que nosotros llevamos, que vosotros sois los que sostenéis á los misioneros Salesianos. Y los Caciques se muestran reconocidos. Ellos mismos me han encargado agradeceros el alimento, el vestido y demás bienes materiales que han recibido.

La docilidad y reconocimiento de los salvajes es fuente de grandes consuelos. Pero menester es decirlo, son el precio de indecibles fatigas y sacrificios que debe soportar el misionero. Excusado es que yo os lo refera. No sería posible; son innumerables; son incalculables: pasar aguas á nado, beber aguas corrompidas, lavarse en ellas, dormir al aire libre sobre la desnuda tierra, comer lo que comen los salvajes, sujetarse á mil miserias, verse obligado á vivir entre gentes que han perdido toda idea no sólo de la dignidad cristiana sino aun de la del hombre... Con vergüenza lo digo: yo mismo más de una vez debí esconder la cruz pastoral y ocultar el traje de obispo para no degradar estas sagradas insignias.

¡Es esto posible! ¿Y la dignidad del Obispo? — Sí, yo pensaba en mi dignidad de Obispo; pero era pastor que andaba en busca de mis ovejas, padre que debía cuidar de mis hijos y bajar hasta ellos para alzarlos hasta el cielo.

Compadeceadme: momentos tuve de grandes náuseas y fatigas. ¿Pero será indecoroso sufrir tales humillaciones? Mira la cruz, decía para mí; también Jesús es en ella un escándalo para los judíos, y sin embargo ¿trepidó acaso en ser crucificado? Cuando se trata de salvar las almas no debe repararse en semejantes miserias y humillaciones.

¡Ah! Mientras os hablo mi corazón se divide. Os acompaña y á la vez está con los salvajes. Está con mis hermanos salesianos que acá trabajan para mantener y acrecentar la fe entre los hijos confiados por la Providencia y está allá con mis misioneros que van anunciando el Evangelio á los que aun no lo conocen.

Está acá con vosotros y me recuerda aquellos años en que á muchos de los que

me escuchan podía decir: *sois mi gloria y mi corona, y está allá entre muchedumbres de pobres desgraciados que esperan y desde donde una voz me llama y me dice: Et alias oves habeo, quae non sunt ex hoc ovili; et illas oportet me adducere, et vocem meam audient, et fiet unum ovile et unus pastor.* Sí, Jesús mío, voy á recoger vuestras queridas ovejas dispersas en la Patagonia; voy á conducir las á vuestra grey y hacerlas gozar en el gremio de vuestra Iglesia. Les hablaré de vuestro amor á ellas, del amor que os conserva en medio de nosotros, como un padre con sus hijos, en el Sacramento del Altar, donde nos servís de alimento y bebida, y sois gozo y fortaleza é inestimable tesoro de nuestras almas. *Sacramentum charitatis.*

Paréceme ya llegar á mi destino en aquellas Misiones y presenciar de nuevo, entre los salvajes reunidos en torno mío, aquellas escenas que tantas veces me anegaron los ojos en lágrimas de consuelo.

— La caridad del Dios que te predico, oh Cacique, fué tan grande que no contento de morir por tí y redimirte ha querido darte cuanto tiene: su mismo Cuerpo divino; y mañana á tus hijos ya instruidos y bautizados por nosotros los verás acercarse al altar para hacer la primera Comunión.

— ¿Y que cosa recibirán?

— Recibirán á Jesucristo Dios en persona.

— ¿Y cómo lo recibirán?

— No asististe esta mañana á la Misa?

— Sí.

— ¿Te fijaste bien?

— Sí.

— ¿Y no has visto como se le recibe? ¿No has visto que yo volviéndome á los que estaban en la iglesia, después de dar una bendición, he tomado en la mano una hostia blanca y la he puesto en la lengua del que me ayudaba la misa? Pues bien, debes saber que la hostia, que al verla parecía un pedazo de pan, era Jesucristo nuestro Dios, en comparación de quien tu, bien que poderoso, eres como un mosquito.

Ah, si tu fueses á Europa verías en Italia en el templo santo de María Auxiliadora como todo el pueblo se arrodilla reverente para orar y como el oro, la plata, las telas preciosas, las flores, la música y el canto sirven continuamente á su gloria. Mira cuan bueno es contigo un Dios tan grande. Aquí en tu cabaña de paja y barro yo he hecho un altar y Jesucristo se ha dignado descender del Cielo á mis manos. Tu no comprendes aún lo que te digo; pero si como han hecho otros hubieras adorado á Dios con recogido espíritu, si de rodillas hubieras orado habrías sentido conmoverse tu corazón con su misteriosa palabra.

— Pero yo no se orar.

— Yo te enseñaré.

— Mas yo no puedo estar de rodillas...

— Pero dime ¿tienes buena voluntad de oír y aprender lo que yo te enseñe.

— Sí, sí.

Entonces comenzaba á referirle la conmovedora historia de la última Cena, la institución del Santísimo Sacramento, los milagros que en todos los siglos vienen atestiguando la presencia real de Nuestro Señor bajo las especies de pan y vino...

— ¡Hermosa, magnífica invención, verdaderamente divina, exclamaba como encantado el Cacique.

Proseguía demostrándole la necesidad de reformar la propia conducta moral para ser verdaderos cristianos.

— Mas ¿qué debo hacer? me preguntaba.

— No temas; este Dios que ha muerto por tí, que tanto te ama se dignará habitar en tu pecho y te dará fuerzas para cumplir lo que te enseñó.

— Bien, bien, que sea pronto; cuánto me gusta!

— Pero antes es necesario el bautismo.

Así los salvajes corren á escucharme, ávidos de la verdad y con instancias me ruegan que derrame el agua sobre sus cabezas y les haga cristianos hijos de Dios.

Y ante semejante espectáculo yo vuelvo los ojos á vosotros, carísimos Cooperadores y amados turineses, vuélvolos á los valles y montes de nuestra hermosa patria, favorecida por Dios, con inestimables dones, más que otra alguna de la tierra y en la cual, por desgracia, comienza á debilitarse la religión.

¡Ah! yo querría que el anhelo de la fe que manifiestan aquellos pobres salvajes fuese vivo entre vosotros, mis amados compatriotas; que ninguno de vosotros llegara á despreciar la fe que con razón ellos estiman y desean. De vuestros labios debiera alzarse un cántico continuo de acción de gracias por haber sido vosotros y vuestros hijos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Mas fuerza es recordar que no basta haber recibido el bautismo: es menester conservar la fe y custodiarla en la familia, porque escrito está: *Qui non crediderit condemnabitur*. Amad la religión; que vuestras obras se conformen á vuestra fe; obedeced con fidelidad los preceptos de la Iglesia y enseñad con el ejemplo á vuestros conciudadanos. ¡Oh divina fe! ¡oh Iglesia santa que habéis constituido la gloria de nuestros antepasados que habéis inspirado tantas inmortales obras á los verdaderos héroes del Piamonte é Italia, yo os bendigo! La promulgación de esta fe y la fundación de esta Iglesia, verdad es que en nuestra tierra costaron grandes fatigas á muchos apóstoles y millares de mártires dieron por ellas la vida. Justo es, pues, estimar en lo que vale la felicidad de vivir hoy á la sombra de tan sagradas tiendas.

Vuestra ciudad, es una de las primeras en

practicar la religión, en la sólida piedad y en frecuentar los santos Sacramentos. Muchos países he visto. En muchas partes al observar como se practica la religión he debido exclamar: ¡Esto no es como Turín! En otras, donde parecía triunfante, el mayor elogio que pude hacer fué. Parece que estuviéramos en Turín! Mantened, pues, viva esta religión y devoción y mientras enviáis vuestros Misioneros á los salvajes servidles de modelo como cristianos; que nadie os aventaje en el camino de la santidad.

Una palabra más. Nuestros trabajos en América no se concretan á los salvajes. ¡Cuántos italianos han ido á perder la fe y la religión en aquellos países!

— ¿Eres italiano? pregunté un día á un compatriota que allá vivía olvidado de Dios y sus deberes, cuyas costumbres no eran mejores que las de un turco.

— Sí, soy italiano.

— Averguénzate de haber venido á enseñar el escándalo á estos pobres Indios. ¿A quien se adora en Italia? ¿á Cristo ó á Mahoma? ¿Así vienes á deshonrar la patria? ¿Así entiendes las enseñanzas que te dió? Yo también soy italiano y precisamente porque lo soy tengo derecho á reprenderte, á corregirte y recordarte que no debes olvidar el recto camino.

¡Oh! cuántos allá se encuentran que no tienen sentimiento alguno de religión, que han olvidado toda práctica de piedad y que con su vida son la deshonra de nuestra patria y el escándalo de los nuevos cristianos. A nosotros misioneros corresponde, pues, acercarnos á ellos, facilitarles el ejercicio de la religión, alentarlos á la frecuencia de los santos Sacramentos é instarlos á salvar su alma.

En la América del Sud representados están todos los países de Italia: allí hay muchos hijos de Turín y Piamonte, de Milán, Vicenza, Verona, Lombardía, Venecia, Nápoles, Sicilia, etc. Es, pues, necesario que el misionero vaya también á sacrificar su vida por ellos. De este modo nuestras misiones no son solamente para los extrangeros sino emigran también para los italianos.

Continuad, continuad, amados Cooperadores, dispensándonos vuestra amistad y ayuda para que con la caridad de Jesucristo podamos á la vez que alumbrar con la luz de la fe á los pueblos donde hasta ahora dominan el error y la barbarie, conservar esa misma fe entre los Italianos que cada día á centenares emigran á aquellas regiones.

Decíale yo al Sumo Pontífice: — Espero, Santo Padre, que antes de mucho podré decir que toda la Patagonia, toda la América del Sud es católica. Dignaos dar vuestra santa bendición á los Misioneros y á aquellos pueblos para que no demoren en conocer la verdad y no la olviden los Italianos que allá llegan.

Así, pues, si vosotros, nuestros Cooperadores, continuáis ayudándonos, veréis conservarse la fe entre los Italianos y la veréis extendida en todos los pueblos ahora salvajes, de modo que no haya sino un solo rebaño y un solo Pastor.

Yo termino... Adios... Qué el Señor á todos os bendiga y que un día nos congrege para siempre en el Paraíso.

S. E. el Cardenal Alimonda á los Misioneros.

Monseñor Cagliero bajó del púlpito visiblemente conmovido y dejando enternecido al auditorio.

Poco antes de las cinco había llegado S. E. el Cardenal Alimonda quien precedido del clero llegó al altar mayor á dar la bendición.

Después del solemne canto del *Benedictus*, S. E. el Cardenal recita las preces del itinerario. Todos miran con curioso interés á los Misioneros mientras sobre ellos se invocan por nuestro ilustre Prelado las bendiciones del Cielo. Mas todos deseaban oír la elocuente palabra de Su Eminencia. Suplicóle, pues, Monseñor Cagliero, honrara á los Misioneros con una breve exhortación. El Cardenal, recibiendo entonces la mitra, subió sobre las gradas del altar mayor y resonó su voz en medio del más religioso silencio: « Id, hermanos, dijo, id á aquellas apartadas regiones para llevar la luz del Evangelio. El apostolado se perpetúa desde los primeros siglos hasta ahora en la Iglesia católica. El mandato de Jesucristo: *Euntes docete omnes gentes* continúa suscitando grandes almas que vayan á enseñar la civilización cristiana á los pueblos todavía salvajes. Sólo la Iglesia católica ha engendrado y engendra siempre estas almas santas, estas almas generosas que inspiradas se sienten á correr allí donde las llama la salvación eterna de los pueblos.

» Id, pues, hermanos míos. El venerando Don Bosco, de imperecedera memoria, instituyó vuestras Misiones en América para evangelizar á los pobres salvajes de la Patagonia; y vosotros continuáis ese apostolado y seguís cumpliendo el propósito de aquella grande alma. Id, benditos hijos de Dios, á aquellos inmensos desiertos; atravesad el estrecho de Magallanes, internaos en las islas de la Tierra del Fuego para enseñar los caminos del Señor, hacer brillar la fe en medio de las tribus salvajes, distribuir el pan de la palabra divina y salvar á tantos de la muerte.

» Id con ánimo sereno bajo la guía de vuestro valiente capitán, Monseñor Cagliero. ¡No temáis! María Auxiliadora os protegerá en todos vuestros pasos. ¡Ah! y cuantas oraciones los buenos Turineses y todos los Co-

peradores de la Obra Salesiana elevarán por vosotros al Cielo! Si, mis queridos Turineses, continuad rogando á María Auxiliadora por los Misioneros Salesianos, continuad socorriendo, como lo habéis hecho, estas santas Misiones, asociaos á la obra de redención, dad vuestras limosnas para alegrar el Corazón de Jesús, y así no sólo serán bendecidos los apóstoles Salesianos sino que lo seréis también vosotros que les ayudáis á salvar las almas.

» Id, hermanos míos! Dios os guíe. Nosotros os acompañaremos con nuestras oraciones, pensaremos frecuentemente en vosotros, recordaremos la tierna función de esta tarde y os recomendaremos á María Auxiliadora.

» Pero mientras corréis vosotros, para vuestro mérito y provecho, á la salud de aquellos pueblos no olvidéis á los que dejáis en Italia. Acordaos que el mal sigue creciendo en vuestra patria, que oprimida está la Iglesia católica donde debiera ser singularmente amada. Acordaos que el Padre Santo necesita también de vosotros. Sí, mientras sus días se pasan en la angustia y en el dolor, mientras participa de la pasión del Redentor y suspira deseoso de ver llegada la hora en que pueda estrechar á todos sus hijos en su seno, necesita de vuestras oraciones. Acordaos, pues, siempre del Sumo Pontífice y rogad por él.

» Y ahora ¡partid! Dios os bendice y Don Bosco sonriente desde el cielo os aplaude.»

El abrazo y la partida.

Apenas hubo concluido Su Eminencia, dispusieronse los Misioneros á partir. Imposible es describir la conmovedora escena del abrazo y del adiós. El Rector General Don Rua y demás superiores del Oratorio, revestidos de cotas, dan á los catequistas y coadjutores misioneros un abrazo y un beso de paz al mismo tiempo que un amoroso y último consejo. Mayor es la emoción al despedirse los sacerdotes. La orquesta continúa ejecutando preciosas melodías. La muchedumbre no puede quedar tranquila; quiere acercarse á los Misioneros y besarles la mano. Pero la concurrencia era tan numerosa que á pesar de todas las medidas tomadas, conforme se había hecho en análogas circunstancias, no siendo posible á los Misioneros atravesar por la iglesia, debieron salir por la sacristía.

En el patio corren á ellos los alumnos que llenos de entusiasmo gritan: ¡Viva Monseñor Cagliero! ¡Vivan los Misioneros! Apenas asoman á la plaza apláudelos el pueblo; los aplausos crecen á la vista de Su Eminencia el Cardenal y de Monseñor Cagliero.

Por fin Monseñor, después de repartir numerosas bendiciones y recomendarse á las oraciones de todos, monta en carruaje y

se dirige á la estación para tomar el tren de Génova. La expedición, compuesta de sacerdotes, clérigos, coadjutores y Hermanas de María Auxiliadora, es de cincuenta y cinco personas.

En Génova.

Monseñor debía allí hacer una conferencia á los Cooperadores Salesianos.

Damos á nuestros lectores las noticias que nos transmiten *Il Cittadino* y *L'Eco d'Italia*.

» El 9 de enero efectuóse en la basílica de San Siro la anunciada conferencia del ilustre Obispo Monseñor Cagliero, Vicario Apostólico de la Patagonia.

» No obstante el mal tiempo un inmenso gentío llenaba las naves del templo ávido de oír la animada y elocuente palabra del Obispo Misionero. Parecía revivir en el pueblo aquel entusiasmo con que en otro tiempo corría á escuchar al venerado y querido Padre de los Salesianos, el hombre de Dios nunca bastante llorado Don Bosco.

» En el padre se admiraba al Santo, en el hijo admírase ahora al Apóstol, al Misionero al infatigable y esforzado campeón de la fe y civilización, el narrador de hechos grandes y heroicos, de los cuales con justo derecho puede decir: *quorum pars magna fui*.

» Al aparecer en el púlpito oyóse en toda la iglesia un leve murmullo, que bien significaba el placer con que se le saludaba, como digno discípulo del santo maestro D. Bosco de quien ha heredado la energía en los propósitos, la sencillez, franqueza y lealtad en los modales.

» Luego que comenzó el elocuente y conmovedor discurso, el silencio fué profundo. Monseñor, después de dar las gracias por la caridad con que los Genoveses han favorecido siempre la Obra Salesiana, refirió los últimos instantes de D. Bosco. — D. Bosco ha muerto, añadió, pero aun vive en sus obras. Ha abandonado la tierra; pero no la benéfica protección del Instituto fundado por él. Desde el Cielo manifestamente lo protege. Yo he visitado las Casas Salesianas de Francia é Italia y en todas ellas he observado el mismo orden que durante la vida del santo Fundador. Mas aun, la Obra ha seguido creciendo, y no menos de ciento treinta personas han entrado en el Instituto después de su muerte.

» La Obra prospera en Europa y se robustece en América á pesar de los sacrificios y obstáculos que no faltan á cada momento.

» No hace mucho que los hijos de Don Bosco han pasado de la Patagonia á la Tierra del Fuego y ya comienzan á verse los frutos en aquellas inhospitalarias y salvajes regiones. Los Misioneros son bien acogidos de aquella gente ruda que, sin la menor idea de civilización, tanto necesita ser instruída en las máximas de la fe que forma el bienestar

en pueblos y naciones. Grande es el número de los salvajes, muy grande el territorio; pero pocos son los sacerdotes que dejen la patria para ir á convertir, educar y confortar á esos desgraciados. He venido, pues, á Europa á buscar más obreros que generosos se ofrezcan á ello.

» Y vosotros, amados Genoveses, con vuestras larguezas, con vuestra eficaz ayuda contribuís al acrecimiento del número de ministros de la religión que se preparen y consagren al bien de tantos infelices.

» Bien lo sabéis que las Misiones no sólo son de indecible importancia para los infieles sino también para los emigrantes italianos. Ya en Buenos Ayres hay como cincuenta mil italianos, cuya dirección espiritual corresponde á los Salesianos y no son pocos los que se han establecido en Brasil, Montevideo, Entre-Ríos, etc.

» He dicho que en Buenos Ayres hay como cincuenta mil Italianos dependientes de la espiritual dirección de los hijos de D. Bosco; pues bien: crecidísimo número de estos son de vuestra provincia, son Genoveses. Allá en las cercanías del puerto llamado de la Boca se habla genovés, genovesas son las costumbres, y al andar por las calles del barrio en que se han congregado parece uno se encontrara en vuestra Génova. Diez años hace que estuve allí y era tanta la incredulidad reinante que debí apresurarme en seguir mi camino, como quiera que no se oían sino improperios y blasfemias contra el sacerdote.

» Cuando referí lo que había visto al Sr. Arzobispo de Buenos Aires — Monseñor, me dijo, ha sido una imprudencia llegar á aquel centro irreligioso. — ¡V. S. querría concederme su aquiescencia para volver y fundar una iglesia? — El Arzobispo quedó perplejo y al fin me dijo: — Bien, sea.

» Volví con mis compañeros. Al principio ensañáronse contra nosotros. Querían prender fuego á nuestra casa, ofendieron y golpearon á nuestros sacerdotes; mas poco á poco se calmaron. Edificamos una capilla y luego una vasta y magnífica iglesia, con capacidad para cinco mil personas. Ahora esa iglesia está siempre llena y mil veces se desborda de gente.

» El barrio se ha moralizado inmensamente; y visitándolo más tarde el Sr. Arzobispo, después de pontificar en dicha iglesia, exclamó: — Este es un pueblo resucitado; me parece hallarme en aquella Génova religiosa que tuve el placer de conocer cuando fui á Roma.

» Con el amor á la fe, avívase además el amor á la patria. Aquellos católicos de la Boca aman con vivo afecto la Italia.

» Monseñor habló en seguida del bien hecho aún en la nave, donde mil emigrantes iban á América, y otros hechos conmovedores.

» La conferencia embelezaba al auditorio; era no menos patriótica que religiosa. Un vivísimo sentimiento se comunicaba de la elocuente palabra del Obispo al corazón de los oyentes, y muchas lágrimas rodaban al oír las indecibles fatigas sufridas por los Misioneros.

» Terminada la conferencia, dió la bendición el Rev. Prevosto Galliano y se cantó un hermoso *Tantum ergo*.

» La colecta hecha para ayudar las Misiones Salesianas produjo la gruesa suma de mil trescientas cincuenta liras. »

GRACIA OBTENIDA

por mediación de Don Bosco.

Sr. D. Miguel Rua; Pbro.

Muy Rdo. Padre: Suplícole se digne publicar en el *Boletín* para gloria de Dios y del muy llorado fundador de los Salesianos D. Juan Bosco, el siguiente milagro que por su intercesión se ha verificado en un Cooperador de la ciudad de Utrera.

Habiendo tenido mi esposo tercianas todo el verano y cuando creíamos entrar en el invierno en tan triste estado, el día 28 de agosto encontrándose con una fuertísima fiebre, y yo sumamente angustiada, me llenó su Magestad de fe y confianza en el amadísimo D. Bosco, y cogiendo un retrato suyo se lo puse entre las almohadas y en aquel momento se le cortó la calentura, gozando desde entonces de completa salud, de la que hacía años no disfrutaba.

Con este motivo me es grato ofrecerme y saludar á V. R. con todo respeto encomendándome en sus oraciones.

De V. R. afma. Cooperadora y S. S. Q.
B. S. M.

M. M.

CARTA DE QUITO.

Quito 25 de febrero de 1888.

Reverendísimo Señor D. Rua:

En la mía del 1º de los corrientes le dí noticias de nuestro largo viaje; pero, por escasés de tiempo, nada le dije de la Casa en que estamos. Bien que aun no está terminada ni se puedan alojar niños es vasta, cómoda y hermosa. Faltan la soladura, ventanas, y quizá sea necesario reconstruir el techo. No serán pocos los gastos, mas, á Dios gracias, el Ilmo. Señor Arzobispo, el Presidente de la República y demás magistrados dispuestos están á ayudarnos.

El Excelentísimo Señor Presidente acompañado de algunos de sus ministros ha venido á vernos en estos días y en tal oca-

sión ha quedado determinado se abra el colegio en 1º de abril.

No es fácil imaginarse, amadísimo D. Rua, el entusiasmo que reina en esta ciudad y sus alrededores por la Obra Salesiana. Cada día numerosas personas llegan á encomendarnos sus niños y si el local lo permitiera ya habríamos aceptado algunos centenares. Sin duda que esperan grandes cosas de nosotros, y el mismo Señor Presidente, en especial, desea establezcamos tantos talleres cuantos se han establecido en nuestros hospicios de Italia.

Por ahora comenzaremos con los de herrería, carpintería, sastrería y zapatería para los cuales pronto están el local y los más necesarios instrumentos. Mucho bien podríamos hacer si fuese posible fundar una librería.

Confiamos en Dios que nos será dado educar cristianamente á muchos jóvenes.

El aire de Quito es semejante al de nuestro suelo.

El termómetro marca de 25 á 30 grados al sol y 10 á 15 en las estancias.

Han comenzado las lluvias que ya caen finísimas ya á torrentes. El cielo está casi siempre nebuloso.

Al principio hubimos de resentirnos en la salud; mas ya todos estamos bien...

El domingo pasado, 19 del corriente celebramos lo mejor posible la fiesta de nuestro patrono San Francisco de Sales.

En la mañana inauguramos un Oratorio festivo, principal objeto de nuestra Sociedad, se cantó misa solemne y se predicó. En la tarde cantáronse vísperas, se predicó y se entretuvo en el patio con hermosos y variados juegos á los niños. Estos estaban contentísimos. Esperamos que el número se triplicará para el domingo próximo.

Trabajamos activamente para establecer, á más de los talleres, escuelas de primera enseñanza. Después seguiremos la reparación del resto de la casa para implantar grandes laboratorios como quiera que ya tenemos poderosas y excelentes máquinas para trabajos agrícolas y una montaña de madera concedidas por el Gobierno.

Como ve, Re^{mo} Don Rua, abundan los medios; pero nos faltan operarios. Los esperamos anhelantes del Oratorio de Turín para hacer mucho bien en este país.

Entre tanto hemos albergado siete jóvenes 1º para utilidad del ejercicio en la lengua española; 2º para estudiar el carácter usos y costumbres de los indígenas; 3º para ayuda en los talleres de sastrería y zapatería y 4º para que acostumbrados al reglamento sirvan de modelo á los demás. Pienso hacerles usar uniforme para acostumbrarlos á andar decentemente.

Le ruego, carísimo Don Rua, se digne saludar muy afectuosamente á Monseñor Ca-

gliero, á todos nuestros superiores, y nos dé á todos su bendición y en especial

á su *humildísimo y afmo*

LUIS CALCAGNO.

LOS FUNERALES.

(Continuación).

POBIETTO: Por medio del Párroco Sr. Don Pedro Bovio, en unión de sus parroquianos casi todos Cooperadores Salesianos, se cantó el oficio de difuntos con Misa fúnebre y recogióse limosna para los huerfanitos de Don Bosco.

POCAPAGLIA (Alba): El Rdo. Sr. Don Calisto Carretto hizo celebrar solemnes funerales con asistencia de muchos Cooperadores.

POIRINO (Turín): En la parroquia de Nuestra Señora de la Consolación tuvieron lugar sentidas y devotas honras, á las cuales asistió casi toda la población.

QUEBEC (Canadá): También en aquellas lejanas ciudades de América del Norte se hicieron fúnebres exequias. Sean dadas cordiales gracias á aquellos beneméritos Cooperadores que devotamente acudieron á tan piadosos actos para manifestar así su puro y verdadero amor á D. Bosco.

ROMA: En la iglesia del Sagrado Corazón cantó la Misa fúnebre el Ilmo. y Rdm. Sr. Sallúa, Arzobispo de Calcedonia, con asistencia de cinco Obispos. El Em.^{mo} Cardenal Parocchi, nuestro protector, dió la bendición al catafalco. La iglesia estaba llena de bote en bote. Pronunció el discurso fúnebre el Ilmo. Sr. Manacorda, Obispo de Fossano. La *Civiltà Cattolica* hace el siguiente juicio: « De la grande alma de Don Bosco, fundador de los Salesianos ¿quién podría hablar mejor que el Ilmo. Sr. Manacorda que, por elevación de mente bondad de corazón é íntima amistad que lo ligaba al ilustre finado, no es inferior á ninguno de los miembros que componen el episcopado subalpino? El elogio, pues, es dictado por su corazón, con verdad, afecto y gran sencillez de estilo. Resplandece sobre todo el arte de haber sabido poner de relieve la virtud característica de D. Bosco, la caridad. »

Hermosas inscripciones latinas, hechas por el P. Angelini, adornaban los cuatro lados del catafalco, y una más grande, colocada sobre la puerta, invitaba al pueblo á rogar por el alma de D. Bosco.

SALICETO: El buen Cooperador Sr. Don Esteban Salvático celebró solemnes funerales con numerosa concurrencia.

SALUGGIA (Vercelli): La Comisión parroquial y los Cooperadores, juntamente con el celoso Párroco, cantaron solemnemente

Misa fúnebre por Don Bosco. El Pbro. Salesiano Sr. Don Francisco Cerruti, natural de dicho pueblo, pronunció el elogio fúnebre ante concurrencia muy numerosa y devota que, en medio de su ardiente afecto, mudó aquella triste función en una manifestación de regocijo, denominándola *fiesta de Don Bosco*.

S. ALBANO (Mondovì): En la parroquia, con asistencia de muchísima gente, celebráronse fúnebres honras en sufragio del alma de D. Bosco.

S. BENIGNO CANAVESE: En la iglesia monumental del Em.^{mo} Card. *delle Lanze* cantó pontificalmente Misa de *requiem* el Ilmo. Sr. Leto, Obispo de Samaria, rodeado de numeroso clero. Asistieron también muchas personas de los pueblos circunvecinos con sus respectivos párrocos, veinte de los cuales estaban con roquete en el altar mayor. Hallábanse asimismo varias representaciones de obreros católicos y las del ayuntamiento y escuelas elementales.

El elogio fúnebre estuvo á cargo del Rdo. Sr. Dr. Piano, párroco de la Gran Madre de Dios, quien demostró admirablemente la vida humilde y caritativa de D. Bosco. Fué una corona más entre las muchas con que se ha honrado la memoria de tan insigne varón.

SANGENESIO (Marche): El insigne Cabildo de la Colegiata celebró solemnes funerales por el reposo eterno del alma de D. Bosco, verdadero ejemplo del sacerdote cristiano. El Sr. Canónigo D. José Salvi pronunció sentido discurso narrando lo mucho que el amado difunto había hecho en favor de la humanidad. Concurrió muchísima gente y todos los Sres. Canónigos aplicaron la santa Misa en sufragio del alma de Don Bosco.

STA. MARIA DEL FARO (Parma): Solemnes exequias con discurso análogo del Sr. Arcipreste D. Lázaro Taffi.

Asistía toda la Confraternidad con su correspondiente divisa. Alrededor del catafalco, colocado en medio de la iglesia, había numerosas luces, las cuales parecían expresar: Así debe resplandecer en el Cielo su hermosa alma, tan celosa y caritativa.

SAN MAURO: Este pueblo fué uno de los primeros que celebraron Misa solemne en sufragio del alma del Don Bosco. El celoso párroco, Sr. D. Felix Melica, ligado por antiguos y especiales vínculos de amistad al venerado D. Bosco, quiso darle este espontáneo tributo de su tierno y sincero afecto.

Su ejemplo halló numerosos imitadores.

S. PIER D'ARENA: En San Cayetano. Tan solo un sencillo anuncio que se dió para celebrar una función fúnebre por el alma de Don Bosco bastó para que todos aquellos alrededores de Génova y Polcevera se pusiesen en extraordinario movimiento y

acudiesen á rogar con gran fervor por la paz eterna del apóstol de la caridad. La iglesia estaba llena de bote en bote. El elogio fúnebre estuvo á cargo del Pbro. Salesiano Sr. Carmagnola: « Fué una cosa hermosa; dice el *Cittadino di Genova*, y no podía conmemorarse más dignamente la santa vida de D. Bosco, ni recordar con exposición más sencilla y forma más elegante los beneficios que las instituciones del santo Sacerdote han proporcionado á las poblaciones de Italia, Francia, España y América. Cuando salíamos de la iglesia nos sentíamos más bien contentos que tristes: en vez de asistir á un funeral habíamos visto la glorificación de uno de los más grandes bienhechores de la humanidad. »

SAN ESTEBAN *al Mare*: En la parroquia de Terzorio el Rdo. Sr. Lombardi celebró solemnes honras.

SCANDALUZZA (*Monferrato*): El Párroco invitó á los fieles al funeral y todos asistieron á él con extraordinaria devoción. Asistieron también las Hijas de María todos los niños del Asilo Cooperadores, y Cooperadoras Salesianos.

SCAVIA (*Como*): El Sr. Pbro. D. Severino Andreani, decurión salesiano, celebró solemnes funerales por D. Bosco.

SPEZIA: En la iglesia de Sta. María tuvieron lugar solemnes exequias con asistencia pontifical del Ilmo. Sr. D. Jacinto Rossi, Obispo de Sarzana, quien pronunció además la oración fúnebre.

SPIILIMBERGO: El Rdo. Arcipreste de aquel pueblo con todos sus feligreses celebraron solemnes y devotas honras en bien del alma de D. Bosco.

TALCA (*Chile*): El *Conservador*, diario católico de Chile, dice lo siguiente: « Como lo habíamos anunciado, ayer á la hora señalada tuvieron lugar las solemnes honras fúnebres por el alma del fundador de la Congregación Salesiana, D. Bosco.

» El templo, rigurosamente enlutado, se hacía estrecho para contener la gran concurrencia de lo más escogido que tiene nuestra sociedad, entre señoras y caballeros.

» Las comunidades religiosas y el clero secular, que asistieron también, ocupaban un lugar preferente.

» Se cantó la gran Misa del Ilmo. Señor Cagliero, que fué fielmente ejecutada por el coro de cantantes, llamando la atención el *Dies Irae*, especialmente la parte de los solos, pues no sabríamos decir si el tenor, el bajo ó el barítono podrían cantar algo más melodioso y conmovedor.

» El adorno de la iglesia, como lo dijimos en nuestro número de ayer, era irreprochable, pues no solo era un luto regio sino que parecía una apoteosis al gran fundador de los Salesianos. En el frontis

de la iglesia, que también había sido rigurosamente enlutado, se veían en grandes caracteres las siguientes palabras: *Gloria á Don Bosco*.

» El interior del templo estaba brillantemente alumbrado con profusión de luces quedaban un imponente golpe de vista, llamando la atención en el gran cortinaje con que estaba tapizado las columnas blancas que adornadas primorosamente con hojas de palma y cruces góticas, hechas de género negro, se habían colocado de distancia en distancia. En el centro de cada cortinaje lucía un hermoso gancho de gas, de los que pendían hermosas coronas plateadas. También nos llamó la atención la gran cantidad de coronas y guirnaldas de flores naturales, primorosamente arregladas y en las que se había empleado con especial maestría la yedra, la camelia y rosas blancas.

» No podemos menos que enviar un voto de aplauso á los Sres. Samuel Antunez y al Sr. Presbítero D. Julio Cruz que fueron los principales directores de la obra y á los demás caballeros que tan dignamente los secundaron.

» La oración fúnebre predicada por el dignísimo y virtuoso sacerdote Don José Fortunato Berrios, fué una pieza maestra de la oratoria sagrada. Describió á grandes rasgos la vida del eminente sacerdote Don Bosco; puso de relieve las grandiosas obras que había ejecutado con la ayuda del cielo, y manifestó la importancia de la Congregación Salesiana.

» Su voz dulce y suave se hacía oír en toda la iglesia y pudimos notar que á muchas personas conmovió hasta el extremo de derramar lágrimas.

» Nos hizo asistir á los últimos momentos de Don Bosco y no parecía sino que un santo cantaba los elogios de otro santo. El que predicaba era el fundador de la Congregación de San Luis, el padre de los huérfanos, el protector de los necesitados y afligidos, y el elogiado era Don Bosco, el santo del siglo, como lo llaman eminentes escritores, y el fundador de los Salesianos.

» Sentimos altamente no dar un extracto completo del notable discurso del señor Berrios, pues en él con pinceladas maestras nos dió á conocer las virtudes y obras del gran D. Bosco.

» A las once y media terminaba la manifestación que los hijos hacían á su Padre y fundador, habiendo sido presididas las honras por el señor Intendente de la provincia y el sacerdote D. Julio V. de la Cruz, fundador de esta benéfica congregación, en esta ciudad. »

TURIN — Libreria Salesiana — BUENOS AYRES

LECTURAS CATÓLICAS

Año I. 1884

DE LA IMITACIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA

Libro compuesto en latin por un monje premostratense del monasterio
Marchtal, traducido por un religioso de la compañía de Jesús

Opúsc. en-32° de 80 pág. (En Buenos Ayres. mjm. 0,12) Peset. 0 80

LA LAMPARA DEL SANTUARIO NOVELA MORAL RELIGIOSA

POR EL
CARDENAL WISEMAN

¿ HAY UN DIOS QUE SE OCUPE DE NOSOTROS ?

Y
LA IGLESIA

por Mons. DE SEGUR

Opúsc. en-32° de 122 pag. (En Buenos Ayres. mjm. 0,12) Peset. 0 80

EL BUEN COMBATE DE LA FE

por Mons. DE SEGUR

TRADUCIDO POR D. JOSÉ SALA Y BALCELLS.

Opúsc. en-32° de 100 pág. (En Buenos Ayres mjm. 0,12) Peset. 0 80

EL LIBERALISMO ES PECADO CUESTIONES CANDENTES

por D. FELIX SARDA y SALVANY Phro.

Dos opúsc. en-32° da 280 pág. (En Buenos Ayres mjm 0,24 Peset. 1 60

TURIN — Libreria Salesiana — BUENOS AYRES

LECTURAS CATÓLICAS

AÑO II. 1885

VIDA DE MIGUEL MAGONE

escrita por el P. JUAN BOSCO

traducida al español por un Cooperador Salesiano

Opúsc. en-32° de 112 pág. (En Buenos Ayres mjm 12) Peset. 0 80

EL INFIERNO

Si lo Hay — Que es — Modo de evitarlo

por Mons. DE SEGUR

TRADUCIDO POR D. S. I. J. G.

Opúsc. en-32° de 160 pág. (En Buenos Ayres mjm 14) Peset. 1 00

VIDA DE SAN LUIS GONZAGA

DE LA COMPAÑIA DE JESÚS

por el P. PEDRO RIVADENEIRA de la misma Compañia

Opúsc. en-32° de 104 pág. (En Buenos Ayres mjm 12) Peset. 0 80

LOS MUERTOS Y LOS VIVOS

CONFERENCIAS

ACERCA LAS COMUNICACIONES DE ULTRA-TUMBA

por el R. P. MATIGNON

Opúsc. en-32° de 148 pág. (En Buenos Ayres mjm. 14) Peset. 1 00